

PEQUEÑA HISTORIA DEL AÑO 2050

—Todavía no es lo que nosotros quisiéramos que fuese, pero confiamos perfeccionarlo mucho en un tiempo relativamente breve— dijo el Dr. Pedrola, indicando un complicado aparato alrededor del cual se habían reunido los visitantes.

—¡Es maravilloso! ¿Y dice Vd. que sirve para registrar los pensamientos?— preguntó uno de los periodistas.

—Sí, señor. El psicoscopio, del griego psiqué, alma y skópein, mirar, como indica su nombre nos permite averiguar lo que pasa por la imaginación de cualquier persona. Hemos logrado ya algunas pruebas positivas— continuó, satisfecho, el doctor —Imaginen lo que esto significa.

Se lo imaginaron. Y se sintieron bastante incómodos. Lo que hasta entonces había sido el íntimo refugio de cada uno, el jardín interior, el castillo impenetrable, corría el riesgo inminente de ser violado por los insaciables hombres de ciencia.

—Perdone nuestra ignorancia— dijo un pragmático. ¿Podría Vd. explicar-nos la utilidad de este aparato?

El doctor Pedrola estuvo a punto de perder el dominio de sí mismo ante una pregunta tan impertinente y demostrativa del escaso nivel intelectual del curioso. Sin embargo, se limitó a levantar las cejas como señal de desaprobación, y pacientemente, como el que se dirige a un niño, expuso:

—¿Las aplicaciones? ¡Inmensas, señor mío, inmensas! Aunque nosotros, los investigadores, no nos preocupemos mucho de la parte práctica de los descubrimientos, sino que lo que nos atrae es el simple hecho de conocer nuevos fenómenos, de aumentar los conocimientos, de hacer progresar a la ciencia, comprendo que otros piensen de manera distinta, y por eso me complace poderles decir que las aplicaciones del psicoscopio son muchas. Por ejemplo: colaborar con la justicia. Con él serán imposibles los terribles errores judiciales que de vez en cuando conmueven a la opinión pública. Hace poco más de un siglo que se hicieron unos tímidos ensayos con un aparato al que bautizaron «detector de mentiras»; se fundamentaba en las alteraciones del ritmo cardíaco de la tensión arterial, del número de respiraciones por minuto, etc., provocadas por preguntas relativas al asunto objeto de investigación. Sin negar el mérito de nuestros predecesores, hemos de considerar esta cuestión como un hecho arcaico. El psicoscopio no depende del registro de las alteraciones, llamémoslas periféricas, provocadas por las emociones, sino que nos da gráficamente, o en impresión sonora, la imagen de dicha emoción. Va directamente a la fuente del pensamiento.

—¡Fantástico!— exclamó uno de los oyentes.

—Exactamente. Fan-tás-ti-co— comentó el doctor Pedrola.— Y al repetir su exclamación quiero rendir homenaje a todos los que han puesto su esfuerzo y su talento al servicio del progreso de la ciencia, y concretamente, a los sabios que han creado los peldaños que nos han permitido alcanzar la cima actual.

Los periodistas experimentaron el deseo de aplaudir la parrafada, pero no lo hicieron, dudando de la oportunidad de una ovación. El orador prosiguió:

—Desde Galvani, con su genial observación de la pata de la rana hasta Onemi, este mago actual, descubridor de la subelctrónica, cuantos han trabajado en las ciencias físicas merecen nuestro agradecimiento. Y ahora, permítanme que les haga un pequeño resumen histórico de los acontecimientos que han culminado con la construcción de nuestro aparato.

—El año 1883, Nipkow, aprovechando la fotosensibilidad del selenio e inventando el disco que lleva su nombre, puso la primera piedra del edificio de la televisión.

—Catorce años más tarde, Braun construye el tubo de rayo catódico desplazable mediante corrientes que le obligan a recorrer una trayectoria determinada a voluntad. Es el segundo paso, un paso de gigante, de la televisión. Se hace pasar el rayo catódico por la superficie de la imagen que se desea transmitir, para que capte las diversas intensidades luminosas de los puntos que la constituyen. En un principio la imagen se dividía en doscientas líneas y cada línea en doscientos puntos; es decir, que el rayo tenía que recorrer cuarenta mil espacios diferentes. Como para aprovechar la sensibilidad de la retina, que conserva las impresiones durante una décima de segundo, se hacía pasar el rayo veinticinco veces por segundo, resulta que el tiempo dedicado a cada punto de la imagen era un veinticincoavo de segundo dividido por cuarenta mil, o sea una millonésima de segundo. Este bravísimo tiempo es suficiente para que la célula fotoeléctrica se impresione y transmita las variaciones de corriente producidas por la distinta intensidad lumínica de los elementos que forman la imagen.

—Poco después Zworykin inventó el iconoscopio, en el cual, mediante delicados y sutilísimos procedimientos se logró colocar varios millones de células fotosensibles en la pantalla del tubo.

—A principios del mismo siglo se creó el electroencefalógrafo que permitía registrar las corrientes de acción del cerebro, de un potencial pequeñísimo del orden de los cien microvoltios, que daban una serie de líneas onduladas de distinta frecuencia para cada proceso cerebral. Gracias a este aparato se consiguió localizar algunas alteraciones cerebrales y descubrir los cambios de ritmo de dicho órgano.

—Beevers y Furch, en 1932 construyen el encefalófono, en el que las corrientes antes mencionadas se transforman en sonidos. Al aplicar los electrodos a la cabeza del sujeto que se exploraba se percibían en el micrófono los sonidos que la actividad del cerebro hacía surgir. De esta semilla nació el psicófono. No voy a cansarles exponiendo en detalle las innumerables dificultades técnicas que fué preciso vencer. La tenacidad de los investigadores las fué superando una a una.

—En 1980 Tossam tuvo una inspiración genial. Aplicó el principio utilizado en el iconoscopio y en el tubo de Braun a la transformación de las corrientes cerebrales en imágenes gráficas. En un principio eran solamente lineales, como en las gráficas del electro, pero con mayor detalle. Naujo y Bata trabajan incansables y nos proporcionan una especie de clave interpretativa. Las dificultades eran enormes; imagínense que han de leer un texto rúnico, o maya, o cualquier otro idioma desconocido. Se encontrarán en un callejón sin salida. Una comparación nos aclarará mejor el estado del problema. Los psicogramas eran como los jeroglíficos egipcios antes del descubrimiento de Roseta. Naujo y Bata fueron los descubridores de la piedra de Roseta de los trazados cerebrales. Con el alfabeto por ellos proporcionado, cualquier investigador podía interpretar los clisés encefálicos sin demasiado trabajo.

Superado este período, Tonio dió un nuevo paso adelante ocupándose en los sonidos, que de un embrollo inexplicable pasan a convertirse en verdaderas palabras. Si me permiten otra comparación podríamos decir que se había pasado del telégrafo al teléfono. En otras palabras, al aplicar el psicófono a un individuo, sus pensamientos eran transmitidos en voz alta por el micrófono, sin que él pronunciase ni una sola palabra, simplemente por la acción de las corrientes cerebrales.

Llegamos con esto al año 2.000. La sonorización de las ideas resultaba una experiencia altamente perturbadora para los no iniciados, porque las nueve

décimas partes de lo que repetía el altavoz resultaban inconveniencias, cosa que sorprendía y escandalizaba a las personas no conocedoras de las técnicas psicoanalíticas. Digo esto porqué los estudiosos del subconsciente hace años ya que están acostumbrados a ver salir a la luz los deseos y las aspiraciones menos confesables. Esto en cierto modo, viene a ser la confirmación de la doctrina del pecado original, doctrina vieja, pero mucho más de acuerdo con la realidad que la tontería de los que pretenden que el hombre es bueno por naturaleza.

Sólo me queda invitarles a efectuar una prueba en sí mismos. Este aparato es del tipo sonoro. ¿Quiere alguien someterse a su acción?

El círculo de periodistas se mantuvo callado. Se miraron unos a otros desplegando una media sonrisa, como invitándose mutuamente, pero no se decidió ninguno.

El doctor Pedrola tomó de nuevo la palabra: —El psicoscopio no produce ninguna molestia. Solo hay que aplicarse esta especie de auriculares, pero no a los oídos, sino en la frente y en la nuca. Se da vuelta al interruptor que pueden ver aquí y el altavoz nos dirá lo que piensa el sujeto del experimento.

Tras nuevas dudas, uno de los periodistas adelantó unos pasos y se ofreció para la prueba.

El doctor le colocó los auriculares y puso en marcha el aparato. El altavoz dejó oír las siguientes palabras: —La verdad es que no me siento muy tranquilo. A ver si salta alguna chispa y me deja seco. ¡Estos sabios inventan cada cosa! Afortunadamente este artilugio no estará al alcance de todo el mundo, de otra suerte ya veo a las damas colocándolo a sus maridos a su regreso al hogar y preguntándoles donde han estado. Realmente, por admirable que sea este invento, creo que podríamos prescindir del mismo perfectamente.

El doctor dió vuelta al interruptor y cesó la emisión.

Los periodistas, a pesar de ser personas curtidas por su profesión, estaban incómodos por la impudicia de la exhibición. El que se había sometido a la experiencia quedó confundido.

Pedrola se dirigió nuevamente a los concurrentes: —Con esta breve demostración han podido comprobar el rendimiento del psicófono. Al comienzo resulta algo desagradable ver descubiertos los pensamientos propios o ajenos. Eso es porqué Vds. conservan todavía el pudor de las propias ideas; pero este pudor es un sentimiento a extinguir en cuanto se acepten los nuevos postulados —nuevos para los no especializados—. Debemos dar un sentido más amplio a la frase de Terencio: «Soy hombre y no juzgo extraño a mí nada humano», que, si me lo permiten, la interpretaré en el sentido de «Soy un animal que a veces aspira a ser mejor y otras se deja llevar por sus instintos». Incluso es posible que el aparato contribuya a mejorar a la humanidad.

No hubo otro periodista que quisiera probar las excelencias del psicófono. Dieron las gracias al doctor por su amabilidad al darles a conocer aquella máquina maravillosa, extraordinaria, etc., etc., y se despidieron.

* * *

Saro, la hija del doctor Pedrola, era una muchacha de veinte años de una belleza estupenda. Alta, esbelta, de figura muy proporcionada; cultivadora activa de los ejercicios al aire libre; caminaba con un ritmo lleno de encanto. Llevaba su pelo rubio a la última moda, la llamada «peinado helicoides» y sabía volver la cabeza en un gesto que hacía volar sus cabellos desplegando toda su gracia. Siempre se la veía rodeada de admiradores. Compañeros de excursión, o de club, le dedicaban sus endechas por turno y ella, sin animar a nadie, tam-

(Continuará)

Juan Massot.